

“EL JINETE DEBE CABALGAR EN EL CABALLO, NO SER ARRASTRADO POR ÉL: UN APOORTE AL ESTUDIO DE LOS TOC.”⁽¹⁾ y ⁽²⁾

A mis dos “hermigas”, Silvina y Grace,
y a Cecilia Mirazo

Introducción

En los últimos años, mi deseo y el azar hicieron que me abocara al cuidado y análisis de ciertos pacientes jóvenes en los cuales la vida misma está en juego, con patologías de extrema gravedad que hacen que la internación psiquiátrica esté a veces en suspenso, como un haz bajo la manga, o se haya concretado a mi pesar. Algunos me hacen bailar por la recurrencia de actuaciones que los ponen en riesgo o por verdaderos intentos de suicidio, obligándome a transformarme en un corralito, un cerco o un freno. Otros me confrontan con padecimientos del orden de lo inamovible, del orden de siempre lo mismo, con ideas como “blindadas”, que resisten a mis intentos de bombardeo. En otros, no hay casi afuera posible de la patología, y me imagino como una arquitecta que diseña ventanas o puentes para (crear) arribar a otros espacios.

Lo cierto es que creo que para ayudar a estos pacientes uno tiene que estar disponible y dispuesto. *Disponible* en tiempo y espacio para conectarse con su ser y albergar sus padecimientos. Y *dispuesto* a no someterse a las teorías, no sin haber pasado por el estudio de muchas, inclusive las que se salen del marco del psicoanálisis, en un constante trabajo de deambulación.

El tema que hoy quiero trabajar se relaciona con mi preocupación por ciertos pacientes que presentan patologías compatibles con el diagnóstico psiquiátrico de *Trastorno obsesivo-compulsivo*.

Por el momento, prefiero el uso de este diagnóstico en tanto la descripción semiológica que encierra permite cierta “asepsia” respecto de distinciones diagnósticas necesarias y fundamentales a hacer que pospongo para más adelante.

De esta manera, el trastorno se definiría sintéticamente por:

- la presencia de obsesiones, que consisten en pensamientos, impulsos o imágenes recurrentes y persistentes que se experimentan como intrusos o inapropiados, causan ansiedad y se reconocen como producto de la mente;
- la presencia de compulsiones, que son comportamientos (como lavado de manos, puesta en orden de objetos, comprobaciones) o actos mentales (como rezar, contar o repetir palabras en silencio) de carácter repetitivo, que la persona se ve obligada a efectuar en respuesta a las obsesiones o siguiendo reglas estrictas, y cuyo objetivo es la prevención o reducción de la ansiedad o la prevención de algún acontecimiento negativo, pero que no están conectados de forma realista con aquello que pretenden neutralizar o resultan claramente excesivos;
- la presencia de un reconocimiento acerca de lo excesivo de las obsesiones o compulsiones (punto que no es aplicable en los niños), lo cual conlleva a la especificación “*con poca conciencia de enfermedad*” cuando este reconocimiento está prácticamente ausente.

Los que me enseñaron: Clara, Julia y Martín

Clara y yo nos conocemos, cuando ella tiene 16 años.

Llega a tratamiento, después de un año de análisis con otro profesional que, según ella cada vez la hacía sentir peor, más y más angustiada. Tardaba más de una hora en bañarse y lo hacía casi tres veces al día. Se lavaba tanto las manos que, en oportunidades, éstas terminaban laceradas. También, limpiaba ciertos objetos en forma reiterada (como picaportes, por ej.) y sólo bastaba que algo “apareciera en el camino”, el sonido de un teléfono, o del timbre, o alguien que le hablara, como para que ese acto se reiniciara una y otra vez, sin la sensación de poder finalizar y sentirse tranquila. Algo parecido le pasaba con las ventanas, que verificaba reiteradamente si estaban cerradas. Últimamente, se venía sintiendo más y más deprimida, lo cual la llevaba a prolongados encierros en su habitación y postraciones en su cama. Había pensado más de una vez en quitarse la vida, porque ya no soportaba estas cosas que no tenían nada que ver con el resto de su persona.

La idea central por la que se veía obligada a limpiar o lavarse era que se sentía sucia, con absoluta conciencia de que su sensación era algo irracional. Y lo considerado “sucio” fue sufriendo transformaciones antes de que la conociera y hasta el día de hoy. Desde el hollín de Buenos Aires, pasando por el pis, la tierra, las lágrimas...

Si bien Clara pide sola una consulta conmigo, siempre mantengo encuentros con sus abuelos maternos. Son ellos quienes la cuidan desde que fallecieron sus padres, cuando ella contaba con sólo 6 años.

Al inicio, los abuelos estaban muy preocupados. Clara no llegaba sola; venía acompañada de una mochila cargada de distintos rótulos psiquiátricos y psicopatológicos secuela de su tratamiento y breves consultas anteriores.

Quien la atendió durante un año, les dijo que era “una neurosis obsesiva”. Como cada vez estaba peor, se fue de allí y empezó a saltar por distintos consultorios. Entonces, se habló de TOC, pero también se llegó a hablar de Esquizofrenia.

Por suerte, yo hace tiempo le había perdido el respeto a la forma en que me transmitieron “El hombre de las ratas” en esta casa de estudios, es decir, una neurosis obsesiva como estructura en la que hay inscripción del significante del Nombre del Padre y entonces todo se centra en la angustia de castración vinculada al Complejo de Edipo, y en la que aparecen la postergación, la duda, la ambivalencia amor-odio.⁽³⁾ De hecho, ya de estudiante, no hacía falta ser muy inteligente para presumir que el mismo hombre de las ratas estaba “un poco más pirucho” que lo que forzaban en transmitirnos.

Por supuesto que Clara también postergaba y posterga cosas: presentación de tareas en el Polimodal y más tarde rendir los exámenes en sus primeros pasos por la facu. El tema es que siempre le falta una para el peso, todo tiene que estar perfecto y cada vez hay que estudiar más y más.

Pero nunca pensé que es una joven que esconde odio tras un velo amistoso, al modo de las formaciones reactivas. Todo lo contrario. Cuando realmente se enoja, parece un índice de salud, porque es capaz de aguantar del otro lo inaguantable para cualquiera. Y cuando lo hace, todo el tiempo duda, como si hubiera estado mal, como si nunca quedara en claro de quién es la culpa.

Con muchas dificultades para detectar la hostilidad del otro, como Lucy de "Narnia"⁽⁴⁾, se mueve en el afuera con cierta ingenuidad.

Si alguien no la quiere o la agrede, se siente más sucia, y dentro de vínculos con afecto sincero, el otro y ella están menos sucios.

He aquí dos sueños que esta adolescente produjo, luego de un año y medio de cuidado y análisis conmigo:

"Yo tenía que subir a un bondi (tipo los que viajo a Capital) y había mucha gente parada, con lo cual pensaba que no iba a tener lugar. Subo y empiezo a meterme entre la gente buscando asiento, hasta que veo un nene, de unos 6 años, que estaba solo, con un asiento desocupado al lado, pero una gitana me dice que es su hijo. Yo desconfío de la gitana y le pregunto al nene si es su mamá y me dice que sí. Entonces, le pido perdón y le doy el lugar a ella. En el transcurso del viaje, los asientos se van desocupando y, en lugar de estar uno detrás del otro, quedan enfrentados como en los subtes, quedando bastante espacio en el medio. De repente, un grupo de gente, se pone a tocar instrumentos musicales en ese espacio libre (un violín, clarinete o algo así, no sé qué otros). Esto a mí me atrae (es como una de las partes lindas del sueño).

De ahí el sueño salta a que estoy en Baires, como en la zona de Palermo, con arboledas. Hay compañeras mías del Polimodal. Estamos corriendo, jugando, divirtiéndonos.

En un momento, yo quiero cruzar una calle porque en la vereda de enfrente están de nuevo los músicos, pero se me interpone un coche fúnebre que va a estacionar. Es grande, grande, como una limousine negra. Avanza, retrocede. Hay un charco grande de agua y a mí me parece que no me alcanzan las patitas (digo "patitas" porque la sensación es que era más chiquita, ya no como ahora, sino una nena que estaba jugando). Al final, salto y me salpico. "¡Uy me ensucié!", digo. Pero cruzo igual.

Del lado de enfrente, veo a un compañero de la E.G.B., Ariel, y pienso internamente si la camisa que lleva puesta se la habrán comprado en una casa de niños o se la habrán hecho a medida. (le pregunto acerca de Ariel) Ariel tenía un problema de crecimiento, por lo que quedó muy chiquito, como de 1,45 mts. Estaba "enamorado" de mí y bailamos una vez el Pericón. Me acuerdo ahora que el día que falleció mi papá fue 25 de Mayo. Yo lo fui a ver después del acto, no sé si con las trenzas postizas que a veces me ponían. Después que visitamos a mi papá con mi mamá, él falleció, y un tiempo después mamá se suicidó.

El punto es que, creo que estando enfrente, vengo como saltando y ponen un cajón de muertos, lo están acomodando. Y yo hago malabares para no caerle arriba. Para colmo, lo van cambiando de posición mientras lo acomodan y también va cambiando de tamaño (grande, mediano, chico como para un nene). También acá, después de mucho esfuerzo que hago, lo logro y, con los pies en el piso, digo: "¡Ay!"."

A la sesión siguiente, luego de enojarse con un profesor que le atraía, trae el siguiente:

"Estoy en el cine y me asusto porque en la pantalla está todo oscuro, y como un agujero en el medio... Es como de terror. Entonces, yo grito: "La puta que lo parió!" Y en la pantalla aparece como un fantasma que empieza a tirar con una ametralladora de agua y a preguntar: "Quién dijo la puta que lo parió?" Y yo insisto: "La puta que lo parió!" Los chorros de agua rebotan en la pantalla como si fuera un vidrio, pero de repente veo que se empieza a inundar el piso del cine y me pregunto si será parte de la película, como para vivenciarla más, entonces me levanto y voy a ver si la alfombra está mojada de la función anterior."

Julia tiene 4 años cuando nos conocemos, luego del fallecimiento de su mamá en un accidente de autos.

Sé por su papá, que cuando va a dormirse, pone todos sus muñequitos en un orden que se reitera noche tras noche, lo cual le lleva más de media hora. Se enoja mucho y entra en grandes crisis de angustia si alguien la interrumpe, se lo impide o cambia algún peluche de lugar.

Además, me cuenta el papá que la señorita de jardín dice que desde hace un tiempo, los otros chicos no quieren jugar con ella, porque las cosas tienen que hacerse como ella quiere.

En las primeras sesiones conmigo, los 45 minutos los ocupaba con la disposición de los objetos para jugar y la distribución de roles, por supuesto, sin ninguna aceptación de una sugerencia o deseo mío, mostrando imposibilidad de configurar una secuencia y de un “jugar junto a”.

Un día, ante tanta fijeza e inmovilidad, espontáneamente empecé a saltar en cuclillas diciendo: “*Pío, pío, pío!!*”. Julia me miró y me preguntó: “*Estás loquita?*” “*No, estoy jugando*”, le contesté. Me abrazó llorando y se hizo pichí.

De a poquito, se fueron armando pequeñas secuencias, en las que se reiteraban accidentes, ya sea porque algún niño/a estaba subiendo una escalera y se caía o porque iba manejando un auto y chocaba, quedando su cuerpo en pedazos, con nuevas crisis de angustia que impedían continuar o reiniciar.

Martín es un adolescente de 17 años que conozco a partir de mi trabajo como supervisora.

Consulta con su analista porque padece de ciertas ideas y compulsiones que, como Clara, entiende como irracionales.

Cuando va caminando, si encuentra una piedrita en el camino, tiene que volver a pasar dando una pequeña vuelta.

Al darle un beso a su novia, si se lo da de un cachete, tiene que dárselo del otro. Lo mismo vale si está sobre una mesa y apoya una mano: automáticamente tiene que apoyar la otra.

En ocasiones, al tomar una birome con una mano, tiene que tomarla con la otra, ejerciendo la misma presión.

Parecido al “Hombre de las ratas”, la temática de la muerte ronda su cabeza y lo obliga a ciertos comportamientos, repitiendo, por ejemplo, cerrar su casa tres veces, para prevenir su muerte.

El análisis cuidadoso de mi colega reveló que estos padecimientos se originaron a los 13 años, luego del divorcio de sus padres, momento en el cual Martín tenía que ir de la casa de la mamá a lo del papá pateando una piedrita.

Al igual que Clara, es muy difícil que Martín se enoje con alguien, más bien está muy preocupado por agradar a los otros y no lastimarlos o, más precisamente, no traicionarlos. La igualdad en los besos y en las presiones o apoyo de las manos, que él decía servía para “*contrarrestar*”, “*equilibrar*”, la asoció con el tiempo con el conflicto de lealtades que se jugaba en torno a sus padres.

Acerca del diagnóstico psicoanalítico

En lo íntimo de la clínica, cuando intento ayudar a un paciente, atenta a las sucesivas revelaciones o versiones de su historia, se me vienen a la cabeza otros pacientes, míos o del espacio de supervisión, o tal vez asocio con algo visto u oído por allí... Encuentro similitudes, diferencias... Pienso... A veces, se entrelazan las historias y también se entrelazan las teorías, y por momentos historias y teorías se acercan o se alejan... Un sueño de un adulto me recuerda cierta secuencia lúdica de un niño, o un relato de un adolescente "es pintado" con témperas por un chiquito que atendí años atrás...

Sabemos que un niño se hace niño y llega en el mejor de los casos a integrar psique y soma a través del jugar, estableciendo secuencias lúdicas sin interferencias.⁽⁴⁾

La capacidad de secuenciar es un índice de salud y da cuenta de la conformación de una superficie unificada que soporta la confrontación narcisista que el movimiento deseante propio y ajeno imponen.

Los fallos en el jugar nos sitúan entonces en el terreno de las perturbaciones.

Julia en nuestros encuentros iniciales no puede jugar, quedando detenida en la fijeza de un primer tiempo eterno de orden detallista y asignación de roles, con negación de mi alteridad.

El movimiento paradójico entre la alteridad y la unidad que funda el reconocimiento del otro⁽⁶⁾ se altera, al subyacer fantasías de caerse y quedar en pedacitos.

Se trastoca el uso del objeto porque éste desaparece y no reaparece para ser transformado, poniéndose en riesgo la continuidad existencial del self y la exterioridad verdadera del objeto.

Con las categorías de presencia-ausencia aún tambaleantes, las formaciones obsesivas están al servicio de conjurar la muerte y la identificación con el objeto perdido.

Siguiendo esta misma línea, ¿cuáles son las categorías subjetivas comprometidas en **Clara**?

La metamorfosis puberal enfrenta a Clara con el gran desafío de inscribir un cuerpo genitalizado sobre la base de una escena originaria signada por la muerte y revela debilidades en la organización de su personalidad ante la tensión máxima de la conflictiva edípica.

Sus sueños a veces me recuerdan tiempos de constitución del narcisismo que Sami-Ali o R. Rodulfo describen, con espacios tridimensionales que se alternan con lo bidimensional, con polaridades que surgen y se desvanecen.

En el primero de ellos, el otro está diferenciado, pero los lugares son intercambiables y el cajón que era para un grande, por ejemplo, puede achicarse para ser ocupado por una niño/a.

En el segundo, el vidrio-pantalla diferencia dos espacios, pero el agua se filtra, no hay puerta. Cuerpo y espacio terminan coincidiendo.

La integración del self unitario, según D. Winnicott, se produce en el desarrollo emocional primitivo a partir de un estado no-integrado, configurándose el mundo interno como mundo personal, mantenido en la fantasía, dentro de los confines del Yo y dentro de la piel del cuerpo, a partir de lo cual se discrimina lo bueno y lo malo dentro del self.

Si el envoltorio del self tiene filtraciones, aparecen dificultades para discriminar lo bueno y lo malo en el interior y en el exterior del mismo.

Clara duda al enojarse, tiene miedo de lastimar al otro (y no sólo al enojarse, sino ante cualquier impulso en donde se trate de hacerse un lugar). Y el enojo (o a veces simple "movimiento") del otro es sentido como una intrusión.

Tal vez algo de esto esté en juego en las depresiones, tal como las entiende R. Rodolfo, cuando postula que en el mito primordial del depresivo el odio del Otro se inscribe o deviene culpa en el sujeto.

Las acciones repetitivas de limpieza, lavado o verificación de ciertos "cierres", dan cuenta a mi entender de esta perturbación en la continuidad del self y del sentimiento de agencia, y son una defensa contra la necesidad de control externo de la intrusión ambiental (un timbre, un llamado). Son como un "pegado", un intento de ligadura ante un ser que se permeabiliza.⁽⁷⁾

Ricas en significaciones simbólicas vinculadas a las temáticas edípicas, podemos pensarlas con S. Freud, en una relación de suplemento, como sustitutos de la actividad masturbatoria que, en última instancia, según el autor, nos remiten al autoerotismo infantil.⁽⁸⁾

Pero si bien ésta es una línea de interpretación posible, creo que junto a lo autoerótico hay un punto de eliminación del circuito intersubjetivo.

Martín es quien me hace insistir en este aspecto, al repetir actos una y otra vez, como si no dejaran huella, recordándome que Clara como otros pacientes reiteran ciertas frases como si yo no las escuchara o no las entendiera.

Ahora, ¿cómo pensar lo específico y singular de él?

Si Clara tiene la tarea de inscribir su genitalidad en el marco de una escena originaria teñida de muerte, Martín se enfrenta en plena metamorfosis puberal con la disyunción escidente que, según A. Grassi, supone una escisión en la escena originaria que se dirige a donde la subjetividad se anuda al origen y el cuerpo a una historia.

El efecto: se produce una escisión en el interior de su self.

Las compensaciones que realiza con las prensiones, la duplicación de los besos, nos remiten a una escisión en lo más íntimo de su psique-soma, develando la disyunción que se produce en el pasaje de lo materno a lo paterno y el intento de unificación.

A modo de conclusión

El trabajo de análisis con estos pacientes que presentan sintomatología psiquiátrica compatible con el diagnóstico de TOC, devela que dichos síntomas se configuran en cierto

sentido como una defensa frente a perturbaciones en la continuidad del self variables, polimorfas, extremadamente singulares, interpelando en mi opinión, la polaridad conceptual y clínica Neurosis/Psicosis

Ciertas formaciones obsesivas estarían al servicio de detener, frenar el movimiento deseante porque subyacen angustias de aniquilación psicótica, puntos de identificación melancólica, escisiones del Yo, depresiones o fallos diversos entre la caricia y el rasgo, que son inadvertidos toda vez que psicoanalíticamente se realiza un abordaje “obsesivo”, es decir, cuando se piensa en la existencia de estructuras prolijas, no contaminadas, opuestas.

En estos casos, la angustia psicótica⁽⁹⁾ se entrama de manera peculiar con la angustia de castración en una relación de suplemento que reúne el temor a la desintegración con el retorno de lo reprimido.

Las postergaciones tan características de estos pacientes, por ejemplo, no sólo se asocian con la hostilidad reprimida edípica (tal cual lo entendiera S. Freud en “El hombre de las ratas”), sino que se presentan una y otra vez que el empuje pulsional pone en riesgo la integración narcisista.⁽¹⁰⁾

En este sentido, y como remarqué desde el inicio, el trabajo con estos pacientes es de cuidado y análisis, sostén e interpretación, según el grado de compromiso narcisista en juego.

Pero dicho trabajo, absolutamente necesario, no es suficiente.

El self se siente real y se integra toda vez que pueda surgir un impulso, sin sentido ni intención, en el marco de un medio que pueda sostener esa experiencia. El self se hace en el jugar. Y jugar es hacer.

De ahí que, como el “*pío, pío, pío!!*” espontáneo que me surgiera sin intención en la sesión con Julia, para transformar estos padecimientos pienso que la apuesta suplementaria es crear-hallar lo informe en prácticas ligadas a las artes en general (música, danza, canto, artes visuales, etc.)...

Martín ya no tiene rituales, ahora es un bailarín de tango.⁽¹¹⁾ Me pregunto si ha logrado restituir la escena originaria e integrarse a partir del dos que hacen uno en esta danza...

Se me vienen a la cabeza dos películas:

“*El pianista*”: Un cuerpo que hace música, una música que hace cuerpo y posibilita un “seguir siendo” que triunfa contra el arrasamiento subjetivo genocida...

“*La vida de los otros*”: Una escritura que se resiste al debilitamiento del sentimiento de agencia que la violencia de estado produce...

María Ángeles Ciordia

Notas:

- (1) La primera parte del título, antes de los dos puntos, es una frase extraída del libro "Realidad y Juego", de D. Winnicott, pág. 133.
- (2) Mi agradecimiento al Dr. Ricardo Rodolfo, hoy Profesor Consulto de esta Universidad, por la trasmisión de un psicoanálisis abierto a lo irreductible de la clínica. Y, en otro sentido, mi agradecimiento a Viviana Cattáneo, quien desde hace años me eligió para que la acompañara en el análisis de sus pacientes.
- (3) Me refiero a una trasmisión basada en una lectura lacaniana de la obra de S. Freud, que hoy pienso en ciertos aspectos como reduccionista de los matices y polimorfismos que se vislumbran en los textos del autor.
- (4) Se trata de la protagonista más chiquita de la película "*Narnia: El león, la bruja y el ropero*."
- (5) En este punto pongo a jugar ideas de D. Winnicott, retomadas por R. Rodolfo y J. C. Fernández.
- (6) Me refiero a la categoría del reconocimiento descripta por J. Benjamin y trabajada por M. Rodríguez al dar cuenta de la génesis de ciertos mecanismos obsesivos.
- (7) El cuerpo permeable de Clara es un cuerpo que pierde, como las lágrimas derramadas por su mamá.
- (8) En "El hombre de las ratas", S. Freud, para explicar la inseguridad y la duda que obligan a repetir las medidas de protección realiza la comparación con lo que ocurre habitualmente si estamos escribiendo y alguien nos interrumpe con alguna pregunta; sin embargo, extrae de ello la suposición de fantasías inconscientes subyacentes.
- (9) El concepto de angustia psicótica me parece limitado para lo que intento transmitir, sobre todo considerando que no tiene univocidad en el mismo campo del psicoanálisis. Aquí también creo que habría que replantearse esta oposición binaria, no sólo respecto de una posible gradación, sino en la cualidad de la angustia. Creo que hay matices y gradientes entre la angustia llamada psicótica y la de castración vinculados a los primeros tiempos de constitución del narcisismo.
- (10) Es interesante revisar el historial de S. Freud a la luz de las apreciaciones vertidas en este trabajo.
- (11) Los desarrollos de L. Genijovich entre el cuerpo y la palabra son, en parte, superadores a los límites del encuadre analítico.
- (12) Para conocer recientes conceptualizaciones sobre el tango como terapéutico puede consultarse el libro "Tango Terapia", del psiquiatra y bailarín de tango rosarino Federico Trossero (Coquena Ediciones, 2006).

Bibliografía

D.S.M.IV, Breviario, Criterios diagnósticos, Masson S.A., Barcelona (España), 1995.

Fernández, Juan Carlos: -¿A qué jugamos?- Una reflexión sobre la capacidad de secuenciar, en Revista Actualidad Psicológica, Bs. As., 1999.

Freud, Sigmund: Análisis de un caso de neurosis obsesiva (Caso "El hombre de las ratas"), Obras completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, Madrid (España), 1981.

Grassi, Adrián: Estructuración Psíquica y Violencia especialmente en los casos de niños cuyos padres están en situación de divorcios controvertidos, presentado en las Jornadas de Clínica de Niños y Adolescentes y Psicopatología Infanto-Juvenil de la Fac. de Psicología de la U.B.A., Bs. As., 2003.

Rodríguez, Mónica: Acerca de la génesis de algunos mecanismos obsesivos en un niño de cuatro años, en La problemática del síntoma, Paidós, Bs. As., 1997.

Rodulfo, R. (No he especificado ningún libro en especial. Creo que casi todos atraviesan en alguna medida el trabajo presentado.)

Sami-Ali: Pensar lo somático, Paidós, Bs. As., 1994.

Winnicott, Donald: La clasificación: ¿hay una contribución psicoanalítica a la clasificación psiquiátrica?, en Los procesos de maduración y el ambiente facilitador, Paidós, Bs. As., 1993.

Winnicott, Donald: La naturaleza humana, Paidós, Bs. As., 2001.

Winnicott, Donald: Realidad y Juego, Gedisa, Bs. As., 1986.